

# Ejercicios Volpianos

Por: Ignacio Padilla  
Especial para Ateneo

**H**a perdido la cuenta de los viajes que, a lo largo de tantos años, no compartidos con Jorge Volpi, me todos tan acostumbrados como naturales. Pero, sin embargo, volver perfectamente al recuerdo de ellos, las cosas y al mismo tiempo tan lejos en nuestra memoria concurrida que hoy casi parece un invento de la imaginación desafiada de Heras, de Palau o de Urroz.

Cuando Jorge y yo nos encontramos aquella vez en el aeropuerto de Nairobi, por esa época vivió yo en el reino autocrático de Swazilandia, ninguno de los dos estaba seguro de qué se iba a hacer con tantos deseos de escribir. Creo recordar que Jorge había llegado al África ochentera por uno de esos accidentes del destino que aún ahora insisten en regir nuestras vidas. Su hermana Rosalba dirige en aquel entonces un bello proyecto editorial llamado Los cuadernos de Tón, cuando oímos hablar los corrientes de Bruno Ojeda y Rodolfo, desde luego, por Guillermo Fernández, y después nos liberamos de autores seriales y alifaneros de apellidos impronunciados y pocas voces escritas. Jorge, que nunca fue demasiado entusiasmado de los proyectos literarios de Rosalba, había tenido sin embargo una gestión de acceder a acompañar a Ygor Soares, su entonces cuñado, en un viaje africano cuyo propósito era la búsqueda de nuevos autores para el catálogo de Estadio Tón. Que yo aceptara ningún rasgo conocho de aquel viaje de resultados tan dudosos como sus objetivos, mas no cabe duda de que, al menos en nuestra biografía, la estancia kamyatá de Jorge tiene aún mucha línea por determinar.

Nos hacíamos conocido varios años atrás, en plena adolescencia, gracias a la intervención, siempre generosa, de Pedro Ángel Palou. Este último era entonces una mezcla escandalosa de niño genio y titilero de provincias que amenazaba lasías infantiles con un opusculo de microstos digno de mejores causas. Jorge había conocido a Pedro por la amistad que unió a los padres de ambos desde los tiempos del Asociação Cluara de Jussu. Mientras que yo, devoto como soy de las marcanas, había leído la fortuna de encorramos con Pedro en las numerosas fiestas infantiles a las que tuve que asistir en mi prolongada infancia cubana. Un día, Pedro me llamó para decirme que había conocido al escritor más emblemático de México y organizado entre nosotros un encuentro exclusivo e íntimo cuyas pormenores contare en memorias.

Volvíamo al África, Jorge me había hecho saber de su viaje de manera inclinada y sin

darme mucho margen para aprovecharlo. Pude, no obstante, coincidir con él en Nairobi después de un viaje largo cuyos pormenores he preferido olvidar. Para mi sorpresa, Jorge me había conado el pelo renunciando a la proverbial melena que le caracterizó durante nuestros años de bachillerato. En cambio, pude constatar de inmediato que aún conservaba los mismos gustos literarios que me habían, creo yo, sustruido a la crítica. En esa ocasión, llevada bajo el brazo sus eternos ejemplares de La imitación de Cristo, de Tomás de Kempis, y Los ejercicios espirituales, de San Ignacio, leímos ambos por os que Jorge siempre mostró una devoción casi enfermiza. En cuanto nos vimos, siempre bajo la luminosa sombra de Soares, me confesó que había presentado con éxito su examen para ingresar a la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional. Por otra parte, que pareciese a esta, la noticia no me sorprendió, y si bien Jorge cambió luego sus desgracias para ingresar a la Facultad de Derecho, siempre me ha parecido que su andad renacentista por la ciencia y por todo aquello que estuviera al parecer distanciado de la literatura, fueron y siguen siendo uno de los principales motores de su talento como escritor.

Estuvimos juntos en Nairobi durante tres días, en los cuales, justo es decirlo, el pobre Ygor Soares tuvo que a regañarse sin nosotros en su búsqueda literaria. Mas alejados a ser buscados que a buscar, Jorge y yo nos acordamos entonces en una serie de visitas y desencuentros que culminaron de a poco manera posible, cuando, llevados por la curiosidad y por la mala suerte, terminamos sin saber cómo en un mercadillo de las afueras donde Jorge, incapaz de traducir su natural vocación de fotógrafo ilustrado y conespense, de guerra, se dio a narrar a los nativos que transitaban por el lugar. En dicho momento, un grupo de guerreros walusi se acercó a nosotros para exigirnos que los pagásemos lo supuestamente una cuota fotográfica más bien inmoderada. Renunciando a su proverbial prudencia, Jorge se refugió enfáticamente a pagar y recordó a todas las dificultades que conculca en los mas variados idiomas hasta que se arrojó en el mercado un saco al fin de padre y señor mío que dio con nuestros huesos en la comisaría local. Como se las ingenio Jorge para convencer de nuestra inocencia a las autoridades kamyatá, es algo que aún no acabo de explicar. Lo único que recuerdo es que uno de los oficiales que esa tarde nos retuvimos registró nuestras pertenencias y descubrió con deleite la pequeña edición de los ejercicios

ignacianos que por tantos años alejó mi compañero de fatigas. En cuanto lo tuvo en sus manos, el hombre sonrió con desmesura, nos miró casi con orgullo y nos dijo en español: "Nos quedamos con eso y se van". Por un momento temí que Jorge volkise a dar las mismas muestras de rotundidad de los que había hecho gala ante los guerreros africanos. Me equivoqué con el mismo entusiasmo de nuestro capitán. Jorge accedió a perder su invaluable ejemplar y al poco tiempo volvíamos al hotel donde Soares nos aguardaba al borde del infierno. Cuando Soares nos preguntó donde habíamos estado, Jorge simplemente respondió: "Evangelizando". Y con esto dio por cumplido su deber de explicar nuestra desaparición a su jefe y cuñado.

Han pasado casi quince años desde ese día. Jorge ha vuelto a adquirir sus ejercicios ignacianos y aún visita discretamente con ellos como si supiera que en sus queridos momentos a quien más lo solicita sin embargo. De aquella experiencia, si mal no recuerdo, surgió aquel proyecto de novela colectiva que, dos años más tarde, elaboramos conjuntamente con Urroz, y que ostenta por título a peregrina frase de El agua que no bebimos. Rosalín Volpi rechazó en su momento la posibilidad de publicarla en Los cuadernos de Tón, no sé si porque la colección estaba ya al borde de la quiebra, o simplemente porque nunca le dio al respecto ni el porqué a su hermano menor los pobres resultados de su viaje africano. Como quiera que haya sido, la novela volpiensis y finalmente la luz gracias a los buenos oficios de Luis Mario Schneider, y a bien su presencia ante críticos y lectores fue prácticamente nula. Me atrevo a decir que fue ahí donde surgió en realidad nuestra amistad esteticamente literaria. Tengo algunos ejemplares de esa obra entre mis escritos. Hecho alguno y añades describe o recuerdo que Elor modificó su silenciosamente varias veces hasta dejarlos irreconocibles. Por un tiempo, Jorge volvió a dejarse el pelo largo, pero su convivencia con los abogados terminó por darle ese aspecto formal y esa retórica preda que hoy lo caracteriza. Estoy seguro, no obstante, que Jorge no ha dejado de ser ese adolecente melancólico y devoto de San Ignacio de Loyola con quien transitó aquellos mercedos y comaritas de África. Me hace gracia cuando lo preguntan sobre sus influencias literarias y él menciona sin ambages a Mann o a Pessoa. Bien es verdad que pocos escritores en el mundo han leído a aquellos otros con la inteligencia y el rigor de Jorge, pero su secreto, vaya si lo sé, está en esa devoción nunca manifiesta hacia los rigores, los milagros y la vida del santo de Loyola.

## Ejercicios volpianos [artículo] Ignacio Padilla.

**AUTORÍA**

Padilla, Ignacio, 1968-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2002

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Ejercicios volpianos [artículo] Ignacio Padilla.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile